

El Poema del Cid en Aragón

Juan Antonio Marrera Cabrera
Abilio Fraile Ruiz de Ojeda

INTRODUCCIÓN

El «Cantar de Mío Cid» se construyó sobre un motivo histórico conocido que explica la convivencia de los aspectos más menudos de la historia (destierro del Cid, conquista de Valencia, estado exacto de las fronteras, etc.) con la elaboración literaria característica de la épica (relaciones entre los personajes, afrenta de Corpes, etc.). Es precisamente esa recreación poética de algunos aspectos de la biografía del Cid la que otorga el sentido unitario a toda la composición, consistente no tanto en el recuento de sus empresas político-militares, cuanto en la narración de los esfuerzos de un vasallo modélico por restaurar su honra y consideración perdidas.

Parte importante de esta epopeya transcurre en tierras aragonesas, aportando interesantes datos históricos y geográficos sobre la zona.

I. EN EL CANTAR DEL DESTIERRO

1. Del Henares al Jalón

En el primero de los tres cantares en que se divide el Poema del Cid, en el «Cantar del Destierro», el Cid alcanza Aragón, las tierras de Zaragoza por el valle del Jalón.

El Cid ha cumplido con toda precisión los nueve días de plazo fijados por el rey de Castilla y León, Alfonso VI para abandonar sus reinos.

Una brillante estrategia le ha permitido combinar dos importantes operaciones militares: la toma de la fortaleza árabe de Castejón de Henares, me-

diante una hábil celada que ha dirigido él personalmente, con cien de sus jinetes, y una fulminante y provechosa algarada que ha llevado a cabo su lugarteniente, Alvar Fáñez Minaya, por la cuenca del río Henares (Jadraque, Hita, Guadalajara, Alcalá) con los otros doscientos pendones.

Siguiendo siempre las cuencas de los ríos en su importantísima doble función de paso natural y aprovisionamiento de agua, el Cid enlazaría con el actual Aguilar de Anguita para continuar siguiendo el trazado de la vieja calzada romana, hasta el antiguo e importante campamento romano de la Cerca, casi inmediato al lugar cidiano de las Cuevas de Anguita.

Su orgulloso torreón medieval tiene un nido de cigüeña bien erguido en sus almenas. Bajo él se abren las célebres cuevas en el farallón rocoso. Es el recio paisaje que se domina desde el pintoresco barrio de la Hoz. Un grupo de casas medievales sobre el Tajuña con una iglesia de sugestivo trazado que muy bien pudo ser el lugar en que restaurasen sus fuerzas las gentes del Cid.

A la salida de Anguita un breve trozo de mala carretera, bordeando el Tajuña, nos acerca al pintoresco pueblo de Luzón. En la época del Cid, Luzón era centro importante, un valle bien protegido por grandes extensiones de robles y pinos.

2. La Campa de Taranz

Desde allí, por el borde del pinar y entre las antiguas lagunas («el pasar las aguas» del Cantar) los restos de una calzada romana cruzan la Campa de Taranz en su recorrido hasta Medinaceli.

Es la altiplanicie entre las dos provincias que comunica una enorme llanada, entre antiguas lagunas y bosques de pinos y robles, cubierta de centeno y hollada por frecuentes y numerosos rebaños de ovejas.

Esta fue una de las zonas más transitadas en la Edad Media. Paso obligado entre las dos mesetas. Lugar de intenso tráfico entre Molina de Aragón y Medinaceli. Uno de los puntos de reunión, pues, de moros y cristianos. El viejo camino que siguieron y siguen desde siempre las buenas gentes, casi olvidadas, de Luzón y Layna.

Aquí está ubicada la célebre Campa de Taranz, cita obligada de las idas y venidas del Cantar de Mío Cid. Aún pueden verse, a lo lejos, los restos del castro abandonado de Villaseca y la vieja cruz que recuerda la muerte de unos jóvenes pilotos en un aterrizaje forzoso.

Más allá de las brañas de la Campa de Taranz se sucede una serie de pequeños valles, llenos de historia como el Val de la Guerra. Escenario de una cuenta batalla de la que los labradores aún encuentran flechas, hebillas y demás restos, al excavar sus campos. Al fondo permanecen aún las ruinas de la iglesia de Olietago, un pueblo abandonado por pantanoso, que todavía se recuerda en la cruz de hierro, en forma de crucero, a la entrada de Layna.

«Pasaron las aguas, entraron al Campo de Taranz
por esas tierras ayuso quanto pueden andar.
Entre Eariza e Cetina mio Cid iva albergar.»

(Vx. 545-547)

«Pasadas las aguas» (el cauce del río Tajuña y las lagunas invernales junto a la campa de Taranz) la mesnada del Cid cruza las Alcarrias y por la loma de la Cruz de Hierro atraviesa el camino de Maranchón a Judes. Desde allí, siguiendo en lo posible el arroyo del Judes, continúa hasta Alconchel. Luego, por la cañada que sigue la primitiva calzada romana de Arcóbriga, pasa sigilosamente hasta Torrehermosa. Toman allí la margen contraria del arroyo y por el camino real llegan a la vista de Monreal de Ariza, la estratégica fortaleza árabe que protegía la vega del Jalón. La gran vía de penetración entre Aragón y Castilla a lo largo de la Historia de España.

Monreal fue reforzada por los cristianos en el s. XIII y guarnecida por los Templarios para defender, desde allí, el camino real. Quiere la tradición que aquí naciera el controvertido secretario de Felipe II, Antonio Pérez.

El Cid continuará por la tierra roja y los frutales verdes de Ariza y Cetina, desde donde se alcanza ya una magnífica panorámica del Jalón hasta Calatayud. El bien restaurado castillo-vivienda de Cetina conserva las curiosas figuras de la yesería mudéjar de la capilla donde contrajera matrimonio uno de los inmortales genios de nuestra literatura. Una escueta lápida lo recuerda: «En este castillo-palacio contrajo matrimonio el 26-XII-1634, Dn. Francisco de Quevedo y Villegas con Dña. Esperanza de Mendoza». Tenía entonces Quevedo, 54 años.

El valle del Jalón se va estrechando hasta casi cerrarse entre las moles calizas del desfiladero de Alhama de Aragón. Un verdadero remanso acogedor para el descanso del viajero.

El viejo y bien resguardado emplazamiento judío, el punto estratégico de acceso a Aragón, descansa sobre un auténtico lago de agua caliente: el «aqua bilbulatorum» de los romanos, lugar ideal para encontrar la paz y el reposo. Así lo acreditan sus aguas termales que merecen la pena visitarse y, mejor aún, experimentar sus benéficas propiedades sedantes y curativas.

3. La trampa de Alcocer

«Otro día movió mío Cid el de Bivar,
e passó a Alfama, la Foz ayuso va.
Passó a Bovierca e a Teca que es adelant,
e sobre Alcoçer mío Cid iva posar,
en un otero redondo, fuerte e grand.»

(Vs. 550-554)

Desde Cotina las huestes siguen vivaqueando por la rica vega del río Jalón, que forma barrancos y hoces difíciles de franquear pero buenos para facilitar el ocultamiento de la mesnada. Y, así, tras pasar Bubberca y Ateca, se plantan a la vista de Alcocer.

El Cid afinsa su mesnada en un sólido otero redondo —Torrecid— frente a Alcocer, que domina la vega de Ateca hasta Terrer. Es un buen sitio para acampar y dominar el valle del Jalón hasta Calatayud. Asienta firmemente las tiendas y manda construir un foso a su alrededor. Que todos sepan que el Campeador ha llegado y que allí piensa permanecer.

Este es uno de los puntos más controvertidos de la arqueología cidiana. El emplazamiento del Torrecid fue la clave para el dominio del valle del Jalón perfectamente defendido por las avanzadillas árabes.

Unos lo han situado en el actual Castejón de las Armas, un bonito pueblo bien protegido en un valle muy cerrado que hermosea la vega del Piedra.

El agua del río sirvió de energía para la célebre fábrica de armas medieval que recuerda su nombre. Pero, sobre todo, está la evocación nostálgica de ser su antigua ermita el lugar donde fuera proclamado caballero el Rey Católico, D. Fernando de Aragón.

Sobre una gran roca de pizarra se asienta el castillete que diera origen al pueblo. Por su pequeñez y situación geográfica no parece posible que sea el asentamiento del Alcocer del Poema, como han querido ver algunas teorías.

Otros lo han situado en el mismo pueblo de Ateca, al amparo de la impresionante torre mudéjar de su iglesia que desde la judería semeja una especie de templo oriental de increíble elevación. Ya de cerca, es una delicia observar los dibujos de la torre de ladrillo y el reflejo de las primitivas cerámicas, el minarete de una gran mezquita que los cristianos convirtieron en campanario.

Junto al río, a la salida, la torre del viejo alcázar sostiene un cimborrio modernista con un caduco reloj. Algunos han querido ver allí el célebre castillo de Alcocer, pero esto es algo que también se contradice con el texto del Cantar.

El verdadero Alcocer («alcázar» o «parador») estaba situado a unos 4 Km., entre Ateca y el próximo pueblo de Terrer. Y las más recientes investigaciones lo ubican en un precioso paraje de tierra roja y pino verde, junto a un enorme mogote, al que se llamó, desde siempre, la «mora encantada». Y desde lejos se yergue como el turbante de una poderosa princesa árabe que vigilara durante siglos sus antiguos dominios.

Tras ella está el fascinante paisaje de las cárcavas que, en rojo, verde y dorado parece una ciudad fastuosa convertida en piedra y monte por algún encantamiento.

Ante la Mora Encantada, las huertas descienden hasta el río, en el Valles-tar. Enfrente se levanta el otero redondo, «fuerte e grand», que aún se sigue llamando Torrecid. Allí mandó el Campeador plantar las tiendas a sus mesnadas y excavar un foso alrededor del campamento que quedaba sobre el río.

La estrategia del Cid se comprende ahora perfectamente. Abajo entre las huertas, aún se distinguen los meandros del Jalón que actualmente se desvía en canales. Más allá, la vega donde se dieron las batallas, hoy cubiertas de frutales. Y río Jalón abajo, «Xalón yuso», el valle por donde sus hombres continuarían el camino victorioso hacia Teruel.

Allí se produjo la primera gran victoria del Campeador, donde se demuestran sus felices ocurrencias como estratega, el esforzado valor de sus hombres y la férrea disciplina de sus capitanes.

Por eso, sabedor de su fuerza, aunque poco a poco los moros van pagando tributos, el Cid quiere conquistar la plaza fuerte que supone el «alcázar» de Alcocer. No tiene prisa. El valle es muy rico y allí, junto al agua, puede holgadamente mantener su mesnada.

Pero los de Alcocer no se rinden y el Campeador piensa en una nueva estrategia. En Torrecid manda levantar las tiendas, dejar una sola en pie y, con toda la hueste, baja por el río Jalón como si se retirara. Los de Alcocer creen que ha llegado el momento del desquite y corren tras su retaguardia. Saben que el botín del Cid es considerable y quieren anticiparse a sus vecinos de Teruel para arrebatárselo.

Los moros abandonan su baluarte y salen en pos de las tropas del Cid. Ladinamente éste les deja acercarse. Luego cuando ve que los moros se han alejado un buen trecho del castillo que les aguarda con las puertas abiertas, da media vuelta y carga. Los cerros rojos, las misteriosas cárcavas de Alcocer, son testigos de la matanza que se produce en la vega del río.

Los moros intentan retroceder pero los caballeros cristianos les cortan la retirada y matan a más de trescientos en el combate. Y en veloz cabalgada se apoderan de la fortaleza.

Pero el rey Tamín de Valencia no admite esta derrota y envía tres mil jinetes al mando de los reyezuelos Fáriz y Galve para recuperar el castillo de Alcocer.

El Cid, sin agua ni víveres, no puede aguantar el asedio. Pedro Bermúdez, uno de sus capitanes carga contra los sitiadores. El Cid le apoya con los trescientos lanceros que flamean sus pendones en acometida terrible.

«Los moros gritan: ¡Mahoma!, ¡Santiago! la cristiandad»
(V.730)

La tierra parece abrirse ante el estruendo de los «atambores» árabes. Minaya pierde el caballo. El Cid le socorre y lucha contra Fáriz, hiriéndole gravemente. Martín Antolinez vence a Galve. Y el Cid acosa a los vencidos hasta los mismos muros de Calatayud.

El botín es magnífico. Tanto que el Cid dispone un suntuoso presente para el rey Alfonso: treinta caballos ricamente enjaezados con sus correspondientes espadas en los arzones. El esforzado Alvar Fáñez será el encargado de ver al rey de Castilla. También cumplirá la promesa de las mil misas que

hizo el Cid a Santa María de Burgos. Y, por supuesto, se ocupará de visitar a Dña. Jimena y sus hijas que, en adelante, serán ya «dueñas ricas» en San Pedro de Cardeña.

En la vega del Jalón con los moros tributarios, la vida ha vuelto a la normalidad.

4. El castillo de Ayub («Calat-Ayub»)

«En alto puso su enseña: El Campeador se va.
Jalón abajo pasó para adelante aguijar.
Las aves, al vadearlo, buenos agüeros le dan.»
(Vs. 857-859)

El Cid es ya un señor poderoso pero aún no lo es bastante. Su empresa debe continuar. Así que vende Alcocer a los moros por tres mil marcos de plata y de nuevo la hueste inicia su marcha por el valle del Jalón. Los de Ateca y Terrer se alegran de verle marchar pero los de Alcocer no. Saben que las cargas que les impondrán sus señores naturales son mucho más duras que las del Campeador.

Antes de llegar a Terrer, a la izquierda de la carretera, una gigantesca noria de estilo árabe todavía continúa llenando las acequias, que trazaron sus antepasados con el agua de sus cangilones.

La torre mudéjar de Terrer, otro minarete de mezquita transformado en campanario, señala la dirección de la ciudad de Calatayud.

La antiquísima «Bembola» de los iberos, en un risco cercano, sobre la que se erigió la romana «Bílbilis Augusta», cuna del gran poeta Marcial, ha sido uno de los más estratégicos emplazamientos militares de todos los tiempos. Precisamente este continuo trasiego de tropas armadas, a lo largo de la Historia, popularizó en el siglo pasado a la célebre «Dolores», la generosa moza de «partido», cuyos encantos celebraron en sus canciones los jóvenes soldados que partían a luchar en las guerras carlistas.

La fuente neorrenacentista de los «Ocho Caños» y la Puerta de Terrer que saludan al viajero son una muestra de la ciudad que se extendió desde el castillo de Ayub hasta la vega del río. Una ciudad de recias mansiones renacentistas, bellos rincones y plazas porticadas que se va angostando por la judería y la morería hasta unirse con el más antiguo de los conjuntos fortificados hispano-musulmanes. Una fundación del año 716 en plena invasión árabe.

Desde el santuario de la Virgen de la Peña se divisa perfectamente el formidable baluarte, las murallas, los barrancos empinados, los torreones y los riscos inexpugnables que rodean el poderoso castillo de Ayub, al que se accede por una bella puerta califal.

A sus pies la «ciudad mudéjar» de Calatayud yergue altanera sus orgullosas torres octogonales de ladrillo de San Andrés y Santa María que cobija una pre-

ciosa portada plateresca del s. xvi. Lástima que la visión actual de la villa sea la de un gran deterioro y abandono en buena parte de sus monumentos civiles.

5. La vega del Jiloca

«Aguijó mío Cid, ivas cabadelant,
y ffincó en un poyo, que es sobre Mont Real;
alto es el poyo; maravilloso e grant:»

(Vs. 862-863 y 864)

El Cid, como siempre busca las calzadas y las vías de penetración cómodas como valles o cursos de los ríos, eludiendo las plazas fuertes en su marcha siempre que le interesa.

Por eso sus mesnadas siguen aguas arriba del Jiloca, evitando Daroca, hasta aposentarse sólidamente en el Poyo. Otro cerro fácil de fortificar cercano a Monreal.

Es una tierra fuerte y roja de aluvión que nutre una fértil vega cubierta de frutales. Una fruta que dura todo el año en el lento proceso de su maduración en cámaras de frío compitiendo, en calidad, con las mejores no sólo de España sino de toda Europa.

La arcada romana y un enorme palomar árabe de Maluenda recuerdan la época en que su castillo y su reyezuelo taita alternaban con los de Calatayud. Las enormes Muelas, tan blancas y abundantes en caliza, son un extraordinario yacimiento de cal y de yeso.

En Montón se entra por la arcada de su muralla. Poco a poco el valle se va estrechando hasta cerrarse en Villafeliche donde el río se encajona. Luego vuelve a abrirse y desde el mirador de la Ermita de la Virgen pueden contemplarse los dos lados de la vega del Jiloca y, allá al fondo, la ciudad-fortaleza de Daroca. Una sólida encrucijada bien fortificada por cuatro kilómetros de murallas árabes, flanqueadas por más de cien torreones extendidos hasta los montes que la cierran.

Desde lo alto, Daroca es un espectacular mosaico de estilos y culturas (románico, gótico, mudéjar, renacimiento, etc). Sus dos puertas, la Alta o Fondonera y, sobre todo, la Baja, son perfectos ejemplares de arquitectura militar.

Entre el rico acervo monumental de sus iglesias cabe destacar la Colegiata que contiene los célebres «Corporales» (los paños de lienzo blanco que extienden los sacerdotes sobre el altar para colocar sobre ellos los vasos sagrados y las formas).

Allá por el s. xiii, una cristiana de Valencia que asistía a la celebración de la misa fue atacada por los moros. El capellán, asustado, guardó entre los corporales las formas ya consagradas para evitar su profanación. Terminado el combate, al reanudar el Santo Sacrificio, se encontraron con que las sagradas

formas estaban teñidas en sangre y pegadas a los corporales de la misma manera que aún se conservan.

A unos 20 Km. al suroeste, la milenaria laguna de Gallocanta separa las regiones de Zaragoza y Teruel.

En toda la comarca existe una buena tradición ceramista que tuvo su auge en Villafeliche el siglo pasado y se continúa en la actualidad en la escuela de cerámica de Muel, heredera de la vieja tradición morisca.

6. El Poyo del Cid

El Cid sigue la vieja calzada de Zaragoza a Córdoba, en la que aún se pueden encontrar puentes romanos en buen estado como los de «Entrambasaguas» (la confluencia del Pancrudo y el Jiloca) y el de Calamocha y alguno muy deteriorado como el de la antigua villa templaria de Luco.

Así llegamos al Poyo del Cid, la loma redondeada que veníamos viendo desde la salida de Luco y donde el Cid mantuvo uno de sus más importantes campamentos. Desde abajo no parece un emplazamiento estratégico de tanta importancia como tuviera a lo largo de la Historia. Pero nada más subir, se comprende lo privilegiado de su posición: desde allí se dominan, prácticamente, todos los campos de Teruel. Los restos de murallas y demás estructuras medievales son buena prueba de su relevancia como plaza fuerte.

De vuelta al camino real, en dirección a Montalbán, se atravesará los puentes de Bañón y Mínguez para centrarse por el valle angosto del río Martín, entre la blanca roca caliza de sus escarpaduras. Más allá de Vivel del Río Martín, a la izquierda, la «Peñacil» nos recuerda una vez más la veracidad de la ruta del Cid. Y destacando sobre la llanada un hito colosal para los viajeros de todos los tiempos: la gigantesca punta de lanza, en brillante color blanco, sobre el fondo oscuro de la vegetación, de Montalbán. Se comprende que fuera una auténtica referencia para cualquier caminante: el Pico o Monte Blanco, de roca caliza que domina los pasos de Teruel y Daroca hacia las despobladas tierras del Desierto de Calanda, en la que destaca su iglesia gótico-mudéjar como monumento más importante.

Híjar, junto con Alcañiz y Calanda, ha pasado a la Historia del folklore universal por el formidable estruendo de sus tambores y bombos. A las doce de la noche del Viernes Santo, a una orden de la trompeta municipal, miles de enfervorizados tamborileros vestidos con el negro traje tradicional prorrumpen en su ensordecedora y monótona algarabía. (En la localidad de Tobarra, en Albacete, famosa también por el redoble de sus tambores, la cantinela que usan los principiantes para llevar el ritmo es: ¡¡Me ha dicho mi madre que me dé usted un pan, que me dé «usted» un pan, que me dé «usted» un pan!! ¡¡Me ha dicho mi madre que me dé «usted» un pan, que me dé «usted» un pan, que me dé «usted» un pan!!).

Posiblemente esta costumbre sea una reminiscencia árabe, pues el tambor era uno de los grandes elementos psicológicos de los ejércitos moros.

Y al fin, el poderoso castillo calatravo de la capital de la Tierra Baja, Alcañiz, con su delicia de claustros, corredores, capilla y jardines interiores ofreciendo a la vista sugestivas originalidades. Pero, sobre todo, contemplar en la espléndida Torre del Homenaje las minuciosas pinturas góticas que narran con expresiva ingenuidad los hechos de armas de los calatravos por territorio y costa levantinos. Y al salir, desde el mirador, observar a los pies el antiguo caserío con sabor medieval. Y, más allá, apreciar la riqueza de las huertas en la vega del Guadalope que baña la ciudad, perfecto escenario de las correrías que en s. XI desarrollaran los hombres del Cid.

«Con las espadas y lanzas nos mantenemos así,
si non, en esta tierra angosta non podríamos bivar.»
(Vs. 834-835)

Durante quince semanas permaneció el Cid, firmemente asentado en el Poyo, esperando el regreso de Minaya, pero sin dejar un momento de descanso a su gente por aquellas tierras inhóspitas y casi salvajes. Saqueó primero el valle del río Martín y luego continuó hasta los pinares de Tévar, invadiendo plenamente las tierras del conde de Barcelona.

Mientras tanto, en Castilla, Alvar Fáñez trata de ganarse la voluntad real Alfonso está bien dispuesto, aunque todavía está muy reciente su orden de destierro para revocarla. Sin embargo, permite a más de doscientos castellanos unirse a Cid y perdona a Minaya, el esforzado guerrero que explica así el triunfo de su señor por los campos de Monreal:

«Mientras moros y cristianos,/ pueblen las tierras de España
Poyo del Cid, a aquel sitio/ han de llamar en las cartas.»
(Vs. 901-902)

Y es que el Cid sólidamente afincado en el Poyo sometió como tributarios a los moros de Daroca. Convierte en aliadas las fortalezas de Molina y el sólido reducto de Teruel... Y domina el abundantísimo manantial de Cella (donde nace el Jiloca), el milagro del agua en el llano sediento, que todos evocan con el poético nombre de «Cella, la del Canal».

«Donde os dijeren que estamos, allí venid...»
(V. 832)

Tales fueron las instrucciones del Cid y, en efecto, a su regreso el buen Minaya acude a buscarle hasta el lejano pinar de Tévar.

La alegría del Cid y de sus gentes, que ya llevaban semanas enteras esperándole allí, fue indescriptible y no sólo por las buenas noticias que les llega-

ban de Castilla, sino por el importante refuerzo de doscientos jinetes bien armados y más de un millar de peones que también quisieron unirse a la gran aventura.

Con los nuevos caballeros el de Vivar pasa a sangre y fuego las tierras de Alcañiz escarmentando de tal forma a los moros levantiscos que, incluso los de Zaragoza, no vacilan en pagarle sus tributos.

Y el Cid y su buen Minaya regresaron a su plaza fuerte del Poyo. Aunque sería por poco tiempo porque, como muy bien sabía el gran Ruy Díaz:

« A menguar pronto comienza, quien se queda en un lugar»
(V.948)

El Cid sabe perfectamente que su aventura no puede detenerse, que debe continuar siempre adelante. Por eso abandona el Poyo y busca un nuevo asentamiento para sus mesnadas. Esta vez sería un auténtico nido de águilas: el puerto de Olocau donde dominará todas las sierras del Maestrazgo.

Desde allí somete a las ricas comarcas de Huesa y Montalbán. Pero el Cid se ha apoderado de las tierras del Conde de Barcelona y Berenguer Ramón II, fanfarrón y vanidoso, no podía pasar por alto esta afrenta.

7. «Colada»: la espada del fraticida

«Mas puesto que él me lo busca, se lo iré yo a demandar.»
(V.966)

Era la amenaza de Berenguer Ramón al osado castellano que había invadido sus tierras.

Tres días y dos noches busca el Conde de Barcelona al Cid y al fin le alcanza en el pinar de Tévar, entre los ríos Monroy y Tastávins.

El Cid está en el valle y don Ramón domina las alturas, pero a pesar de la carga de los catalanes cuesta abajo, los castellanos en la llanura les derrotan ampliamente.

«Los pendones e las lanças tan bien las van enpleando,
a los uno firiendo e a los otros derrocando.
Vençido a esta batalla el que en buena nasco,
al Comde don Ramont a preson le a tomado,
hi gañó a Colada que más vale de mil marcos».
(Vs. 1006-1010)

A orillas del río Tastavin, el santuario de la Virgen de la Fuente (en realidad son dos iglesias, una de ellas gótica del s. XIV) muy bien puede recordar el escenario de las últimas escaramuzas entre castellanos y catalanes.

El lugar de la gran batalla del Pinar de Tévar fue donde, en 1082, el Cid derrotó al Conde de Barcelona y le ganó una de sus celebérrimas espadas: la fabulosa Colada.

«Pues que tales malcalçados me vencieron de batalla.»
(V. 1023)

No puede tolerar el orgullo de don Ramón semejante derrota. Por eso quiere dejarse morir de hambre. Pero nuevamente la hidalguía del Cid salva la situación. No quiere rescate del conde ni humillarle más. Le concede la libertad junto con sus mejores hombres y el catalán, después de varias negativas, acepta encantado los tres palafrenes, muy bien ensillados, que le brinda el de Vivar para su viaje.

Precisamente, este Berenguer Ramon II, «el fratricida», es el tío de Ramón Berenguer III llamado «EL GRANDE» que se casó con María, la más pequeña de las hijas del Cid, en 1098. (Los verdaderos nombres de Dña. Elvira y Dña. Sol, que son los literarios, fueron Cristina y María, respectivamente).

Atrás quedan el Cid y sus mesnadas con tales ganancias que:

«Los suyos son ya tan ricos que ni saben qué tendrán.»
(V. 1085)

II. EN EL CANTAR DE LAS BODAS DE LAS HIJAS DEL CID

1. La algarada hacia el mar

«Por oriente sale el sol y hacia aquella parte va.»
(V. 1091)

El mar es ahora la obsesión del Cid. El mar y las fértiles tierras de la huerta levantina. Y hacia allá encamina sus mesnadas por las enojosas escabrosidades del Maestrazgo y la sierra de Gúdar.

Para defender sus movimientos el Cid fortifica y guarnece los puntos claves que cierran los accesos naturales y ocupa los viejos castros inexpugnables a cualquier sorpresa enemiga.

Su paso ha quedado en la etnología y tradiciones locales y, por supuesto, en la toponimia de lugares como: El Castillo del Cid, la Iglesuela del Cid, la Peña del Cid, la Cueva del Cid, Villafranca del Cid, Lucena del Cid, la Montaña del Cid, Almonacid, la Fuente del Cid, etc., en general, haciendo siempre referencia a todo lo que es noble, majestuoso y superior a lo demás.

Dominados los accesos entre Aragón y Levante, el Cid, sin dejar de vivaquear y mantener así a su ejército por las más ricas comarcas, penetra

por el paso natural de la rambla del río Bergantes, conquistando Jérica y quebrantando fortalezas tan sólidas como la de «las trescientas torres» de Onda.

«Myo Cid gañó a Xérica e a Onda e Almenar.»
(V. 1092)

Y desde allí por la rambla del Mijares, dejando atrás la dura Sierra de Espadán, el de Vivar alcanza la «mar salada».

«Tierras de Borriana todas conquistas las ha.»
(V. 1093)

Y en Burriana alcanza el mar. Al fin, la hueste que le acompaña desde el «polvo, sudor y hierro» de la meseta, moja sus plantas en el agua del Mediterráneo.

Tres años le lleva al Cid dominar por completo el mar y las sierras, pero ya está dispuesto para el ataque final. Los moros hambrientos, que han llegado a comerse el cadáver de algún cristiano caído en el foso, ya no pueden más. Por eso, cuando los de Valencia saben que el Campeador ha tomado las alturas de las sierras y fortifica Peña Cadiella (Benicadell) comprenden que el fin está próximo. Piden ayuda a Marruecos y a otros sultanes amigos, pero ninguno llegará a tiempo de salvarles.

«Quien quiera dejar cuidados y enriquecer su caudal,
que se vanga con el Cid, si gusta de cabalgar.»
(Vs. 1189-1190)

Y de nuevo surge la importantísima referencia aragonesa en la epopeya cidiana. Nada menos que el mayor pozo artesano de Europa.

Uno de los más importantes fenómenos naturales que, al mismo tiempo, constituye un punto de referencia fundamental en el Poema del Cid y en todas las localizaciones medievales: Cella, la del Canal.

Precisamente allí fue donde citó el Cid a los refuerzos que le llegaban de Aragón, Castilla y Navarra.

«Quien quiera venir conmigo para cercar a Valencia
Tres días lo esperaré aquí en el canal de Cella.»
(Vs. 1192-94)

A su vez el Cid reúne junto al canal de Cella refuerzos de Aragón, Castilla y Navarra que acuden «al sabor de la ganancia» (V. 1198). Y con toda la hueste, tan considerablemente acrecentada, Valencia se le rinde en el plazo de diez meses.

«Y cuando el décimo vino se la tuvieron que dar.»
(V. 1210)

Al fin la enseña del Campeador ondea en el alcázar valenciano.

«¡Dios qué alegre era tod cristianismo,
que en tierras de Valencia, señor avie obispo!»
(Vs. 1305-06)

2. El señor de Valencia

«Ya las tierras de Valencia quedando todas en paz
marchóse para Castilla Alvar Fañez el leal.»
(Vs. 1308-09)

Otra vez el Minaya cruzará las tierras de Aragón hacia Castilla, cargado de riquezas, para solicitar el perdón real.

Esta vez el presente será aún mayor, cien caballos completamente equipados.

Y allí habló Minaya a su señor, en Carrión, y tan elocuentes fueron los hechos de armas, que el perdón real alcanza a la familia del Cid y a todos quienes se unieron en su empresa. No en vano ahora, con todas sus conquistas, Rodrigo Díaz de Vivar «de Valencia es señor». (V. 1331)

¡Que alegría hubo en San Pedro de Cardeña con las buenas noticias de Minaya! Una comitica gloriosa se prepara para recorrer las tierras de Castilla.

Y de nuevo la felicidad del Cid recorrerá las tierras de sus aliados de Aragón.

Y doña Jimena irá escoltada como una reina hasta Valencia, en compañía de sus hijas y sus damas.

Hasta Medinaceli serán agasajadas por el rey. Después, de Medina a Valencia será el regalo de Abengalbón y de los demás aliados del Cid.

Pero apenas se han instalado doña Jimena y sus hijas en Valencia, cuando el 13 de septiembre de 1094, a los escasos tres meses de la rendición, que aquel año era la víspera del Ramadán, una flota africana desembarca más de 50.000 guerreros almorávides que llegan a aterrorizar a los cristianos de toda Europa que ven imparable su invasión. Se desata una fiebre de auténtica cruzada que sólo el Cid será capaz de dominar.

Y al final del Ramadán, con la luna nueva del 14 de octubre, saharianos, magrebíes y andaluces, con alaridos ensordecedores atacan asateando las murallas.

Las agresiones duran diez días hasta que entre los moros empieza a cundir el desaliento, pues la figura legendaria del Cid se agiganta cada vez más. Rodrigo al saberlo, decide atacar sin esperar los refuerzos de Aragón y de Castilla que están próximos a llegar.

«¡En el nombre del Creador e d'apóstol sancti Yagüe!»
(V. 1690)

invoca el Cid, y en la noche del 25 de octubre, sale sigilosamente por la puerta del Quart con 4.000 de sus caballeros. Y, de nuevo, la astucia del Campeador prepara una eficaz celada. Alvar Fáñez Minaya con un buen puñado de jinetes se esconden mientras el Cid presenta batalla. En un momento dado Rodrigo retrocede y el ejército almorávide sale en su persecución. Es la oportunidad que esperaba el bravo Minaya para acometer con sus hombres el campamento casi abandonado y la retaguardia enemiga.

El caos es total y los moros aterrorizados huyen a la desbandada. El propio general en jefe, Mohammad, logra huir a duras penas perseguido de cerca hasta Cullera.

3. Nadie como ellas casaron

Una vez más las riquezas del Cid cruzan Aragón camino de Castilla. En esta ocasión el quinto real es un magnífico presente de 200 caballos con frenos, sillas y espadas en los arzones que, junto con la gran tienda del rey de Marruecos, presenta en la corte de Valladolid el esforzado Alvar Fáñez. Y Alfonso VI decide perdonar al Cid.

Y ahora sería el propio Cid y luego el Rey y toda la Corte, incluidos los infantes de Carrión, los que pasarían y repararían por tierras de Santa María de Albaracín, con el mayor alarde de fuerza, lujo y poderío, en sus trayectorias entre Valencia y Toledo.

El rey de Castilla y el más fiel de sus vasallos se reúnen en Toledo donde el Campeador obtiene la más amplia reconciliación. Como homenaje a su mejor «espada», el rey propone al Cid casar a sus dos hijas, doña Sol y doña Elvira, con la más alta nobleza del reino: los infantes de Carrión. Y el Cid acepta el honor aunque, como un acertado presagio y hablando de la petición real, explicará más tarde a sus hijas:

« Que él vos casa ca non yo».

(V. 2204)

Las riquezas y el poder del Cid habían tentado la codicia de los infantes don Diego y don Fernando. Y era esa boda una alianza por interés. El Cid era sólo un infanzón de Burgos y ellos infantes de la más linajuda familia de León.

Sin duda esperaban, con su matrimonio, entrar en posesión de los grandes bienes y participar del inmenso prestigio del Campeador. Por eso fueron alegres ellos y la gran comitiva que se formó desde Toledo para asistir a las solemnes fiestas de las bodas.

Y en fiestas ardió Valencia para celebrar la alegría del «que en buena hora ciñó espada».

III. EN EL CANTAR DE LA AFRENTA DE CORPES

1. La ciudad del «toro y la estrella»

De los tres Cantares este es el más violento, dramático y triunfal. Sin embargo es el único cuyo argumento será de pura invención y no correspondería a la realidad histórica como el resto del Poema.

«En Valencia con los suyos vivía el Campeador:
con él estaban sus yernos, Infantes de Carrión».
(Vs. 2278-79)

Más de cinco mil marcos han ganado los infantes y ya se consideran ricos para toda su vida. Quieren irse de Valencia. Allá en Carrión podrían vanagloriarse de sus «hazañas» sin tener que soportar las burlas de aquellos valientes que conocían perfectamente su cobardía. Además, por su calidad de condes y con las nuevas riquezas, muy bien podrían repudiar a doña Elvira y a doña Sol y volver a casarse incluso con las hijas de algún emperador. Así, pues, los dos hermanos no se lo pensaron dos veces.

«Regresamos a Carrión, que aquí ya estamos sobrando».
(V. 2540)

«Dadnos a nuestras mujeres», pidieron al Cid. Y los infantes recibieron complacidos el ajuar de sus esposas: tres mil marcos, mulas, palafrenes, caballos corredores y muchas ricas vestiduras de paños y sedas. Pero el regalo más valioso por parte del Campeador fueron las dos espadas, Colada y Tizona, que entre las dos valían por todo el ajuar.

Y así, entre juegos de armas, cruza la comitiva la huerta de Valencia, la ciudad «clara».

De nuevo la «uña se separa de la carne» en el dolor de otra despedida. Padres e hijas lloran en la más cruel de las angustias.

El Cid da los últimos consejos al séquito. Sobre todo que vayan a la corte de su amigo el moro Abengalbón, el señor de Molina. El cuidará de todos los detalles y sabrá protegerlas hasta que lleguen a Medinaceli. Y la comitiva parte camino de Albarracín.

Pero el Cid está preocupado. Por los agüeros sabe que aquel viaje no será afortunado. Y para prevenir cualquier accidente, envía con sus hijas a uno de sus hombres de confianza, a su sobrino Félix Muñoz.

«¡O eres mío sobrino, tú, Félez Muñoz
 primo eres de mis hijas amas d'alma a de coraçón!
 Mándot que vayas con ellas fata dentro en Carrión».
 (Vs. 2618-20)

Y de nuevo atraviesa la vistosa comitiva esta ruta privilegiada por Jérica, Viver y Barracas hasta volver a entrar en la provincia de Teruel en dirección a Sarrión. La antigua vía romana entre Murviedro y Teruel (que luego seguía hacia Calatayud) se interna por las fragosidades de Teruel contemplando a la izquierda la majestuosidad de la Sierra de Javalambre.

Pasado el Puerto de Escandón (1.230 m.) y cruzada la sierra de Camarena, se encuentra el poderoso castro de Teruel.

Nada más contemplar la «ciudad de las cuarenta torres», desde la confluencia del Alfambra con el Turia, que hasta allí se ha llamado Guadalaviar se comprende perfectamente que Teruel fuera un bastión inexpugnable en las guerras de todas las épocas.

Una plaza estratégica que, en la última guerra civil, sufriera un durísimo asedio por cada uno de los bandos, agravado por las crueles condiciones de uno de los inviernos más fríos del siglo.

Desde el gran foso natural se entiende también la exigencia del Fuero Turrolense. Un Fuero liberal que permitió la pacífica y fructífera convivencia de judíos, moros y cristianos durante siglos. En él se obliga a que: «el que haga un acueducto debe hacer también un puente» y, como prueba, ahí está el acueducto-viaducto de los Arcos, uno de los más bellos del s. XVI. Por él pudieron acceder los alarifes, los maestros canteros árabes, de los arrabales o alijares, al recinto amurallado para construir las más bellas torres del mudéjar: la de San Martín y la de El Salvador. No en vano se decía aquello de «quien tiene moro, tiene oro».

Una leyenda fundamental en la ciudad del «toro y la estrella» es la de su población.

Cuenta el viejo Libro Verde que los Adalides fundaron lo que hoy es Teruel en lo alto de la Muela, en la actual plaza del Torico, donde encontraron un hermoso Toro, sobre el que andaba una «bella estrella» ... Y es que, si el toro es el animal totémico español, en Teruel alcanza el valor de mito decisivo.

Pero, naturalmente, no se puede abandonar la «ciudad de los amantes» sin rendir homenaje al célebre mausoleo, obra de Juan de Ávalos, en la capilla adosada al claustro gótico de San Pedro. Allí entrelazan sus manos de mármol Isabel de Segura y Juan Martínez de Martilla, muertos de amor en el lejano 1217.

Así tomó forma la vieja leyenda que daría lugar en 1836 al gran drama romántico de Hartzembusch: un joven que, tras asegurar fortuna y honores, vuelve en busca de su amada y la encuentra casada con otro por imposición paterna. Diego murió de pena e Isabel, al enterarse, trastornada por el mismo dolor, murió también.

2. La ciudad fortaleza de los Abex-Razin

Gea de Albarracín es ya la «puerta de la sierra» con las sorprendentes iglesias barrocas, recuerdo de su importancia hasta la expulsión de sus moriscos. Allí termina la aridez de la llanura y comienza el verdor de las huertas del Guadalaviar, que ya no abandonará el viajero hasta llegar a Albarracín.

Lejos, a la izquierda, quedan los Montes Universales y sobre la misma ruta los altibajos de la sierra que, en uno de los cambios del paisaje, muestran ante el viajero la sorprendente visión de una de las ciudades más bellas de España: Albarracín.

«Cabalgad con cien jinetes dispuestos para luchar.
Allá por Santa María id vosotros a pasar».

(Vs. 1461-62)

Albarracín, la antigua Santa María del Oriente (en contraposición a Santa María de Occidente, en el Algarve - Portugal y surge entre los pasos de la sierra como una plaza fuerte inexpugnable cruzada de gruesas murallas.

Romanos, visigodos, árabes, cristianos de la reconquista.... todos se afianzaron y fortalecieron en Albarracín.

Desde el barranco del Guadalaviar, el viajero contempla una ciudad histórica y monumental de aspecto típicamente medieval.

La Torre del Andador, ante la que acampara Jaime el Conquistador cuando no pudo rendir la plaza, la Torre desaparecida del Agua y los restos del Alcázar formaron un poderosísimo baluarte que confirió a la ciudad, que se levanta en la ladera de la montaña, una belleza abrupta e incomparable.

Y luego la piedra, entre gris y dorada, cierra la ciudad con gruesa muralla y, junto con las casas, pone el tono dominante en Albarracín y parece iluminarse con los destellos del atardecer.

Todo en Albarracín es monumento y nostalgia evocadora: callejas moriscas, rincones judíos y blasones cristianos en las plazas y en los palacios medievales.

Su iglesia más antigua, Santa María de Oriente, es de origen visigodo y, junto a ella, el Campo del Judío que, en la ciudad árabe de Abd-el-Razin convivieron las tres culturas y hubo sede episcopal, hasta el punto de encontrarse allí el Cid con que había obispo en 1089, antes de pasar a ser tributaria suya la plaza.

Pero, sin duda, lo más impresionante de Albarracín es el fuerte contraste de sus paisajes entre la sierra y el tajo profundo del río, así como los colores de la huerta en otoño y primavera rompiendo el gris de piedra y páramos.

El camino sigue ahora por un impresionante cañón, embellecido por pequeñas huertas, vigilando el río por las choperas y contemplando el encantamiento milenario un precioso puentecillo romano que sale al paso.

3. La fuente del Cid

Al principio fue la rica vega de Torres de Albarracín. Un pueblo enclavado en un rodenal en el que contrasta la roca roja con los muros blancos y el negro de las rejas, recuerdo éste de su antiguo taller de forja, presidido por la esbelta torre de la iglesia.

Al final de la llanada está el cruce con la pista que desciende de Villar del Cobo y el indicador de la ruta del Alto Tajo. Más allá de la ermita, sobre el Guadalaviar, aparece tras las curvas Tramacastilla. El curioso pueblo serrano que trepa hacia los peñascales con la uniformidad montañosa que rompe la bella torre octogonal de la iglesia, celosa guardadora de una excepcional cruz gótica parroquial labrada en oro y plata.

La carretera asciende ahora dejando al otro lado del río Noguera la ermita de la Virgen de las Buenas Nuevas para descubrir el pueblo de Noguera, el antiguo Naxera, de Fuero muy notable, colgado en una de las vertientes de la empinada subida hacia el Puerto de Tremedal.

Abajo queda el que fuera importante lugar de gentes de armas en el s. XII, escondiendo en la barrancada la mole de su iglesia. El viajero, que se va adentrando en una densa pinada, tomará la carretera de la derecha, en dirección a Bronchales. Es una gran ascensión bordeando el Barranco de Dos Aguas y fuentes como la de la Colmena y la Juan Ramón. En Fombuena merece la pena detenerse para «escuchar» el impresionante silencio de la Sierra Alta, mecido entre pinares y robles y, más adelante contemplar las formidables panorámicas de la Sierra de Albarracín.

No es extraño sorprender el salto majestuoso del ciervo o escuchar en su época la «berrea» del rebeco cuidadosos vigilantes del importante yacimiento arqueológico de cerámica, «terra sigillata hispánica», del Endrinal. Unas piezas que se hicieron famosas en todas las mansiones de la España romana.

Y, en la bajada, a su vez, gozar de la pintoresca e ilusionada visión de Bronchales, el «Fronchales» del Poema del Cid.

«Pasaron Santa María, en Fronchales noche es ya,
y al otro día pudieron en Molina descansar».

(Vs. 1475-76)

Desde el cartel que indica la altitud de 1.750 m., el viajero contemplará embelesado la bella ermita de San Bartolomé, sobre el primitivo templo parroquial que se alza en una espléndida perspectiva sobre el encrespado risco de Peñascales. A sus pies se aprietan las rojas tejas del pueblo, convertido hoy por su frescor y sus aguas (incluso ferruginosas), en extraordinariamente tranquilo lugar de veraneo.

Además de ser citado en el regreso de los Infantes de Carrión, «Fronchales» era un especialísimo lugar de paso en la Alta Edad Media al que debió llegar el Cid, procedente de Molina de Aragón, por la calzada que los lugareños conocen con el nombre de la «Vicinilla».

Seguramente acamparon, antes de entrar en el pueblo, en la Fuente de Hierro, más conocida como «Fuente del Cid», un manantial de aguas plateadas y ferruginosas que se vierte pendiente abajo por las estribaciones de la Sierra del Tremedal.

El acceso les resultaría muy bien porque tuvieron la astucia de resguardarse en la «cueva de la Manijera» y ampararse tras las rocas de Santa Bárbara y su ermita al borde del riachuelo procedente de las Cañadas, no lejos del pueblo.

En Bronchales se mantiene una buena tradición del paso del Cid y se recuerdan actualmente una serie de lugares cidianos como: la Casa del Puerto y el «Tesoro del Tío Piuqués», un posible río subterráneo que sonaba a hueco al pasar las caballerías. Otra comunicación subterránea se conocía también a través de la Cueva de la Manijera hasta una «Masada» o finca, en la Herrería de Orihuela del Tremedal.

Y todas estas historias de cuevas y pasos subterráneos que retumban al pasar sobre ellos no son extrañas en una zona que lleva el nombre de Tremedal («Tremere: temblar»). El tremedal es un terreno pantanoso, abundante en turba, cubierto de césped que, por su escasa consistencia, retiembla cuando se anda sobre él.

Dada la abundancia de manantiales en las inmediaciones, a Bronchales se le llamaba también, antiguamente, «Prados verdes».

Entre Bronchales y Orihuela, el Tremedal se ha convertido en una espléndida llanura coloreada por los cerezales.

Orihuela del Tremedal se asienta, muy cumplidamente, sobre una loma alargada que domina con su majestuoso empaque la elegante mole de su iglesia parroquial, casi catedralicia. Una magnífica obra barroca del turolense José Martín de Aldehuela que recuerda el estilo de su maestro, el genial Ventura Rodríguez. En el interior conserva magníficos retablos góticos y barrocos, y un púlpito notable. Está dedicada a San Millán por los navarros de Azagra, que la poblaron al conquistar el taifato de Benzarín.

Como recuerdo de su pasada importancia quedan las magníficas casonas renacentistas y la belleza de sus trabajos de forja en rejas, como las de la mansión de los Franco Pérez - de Liria.

Una moderna residencia de verano recuerda la popular figura del Padre Polanco, agustino. El obispo de Teruel, oriundo de Palencia, que fue fusilado en un pueblo de Gerona (Pont de Molins) durante la pasada guerra civil y cuya memoria se perpetúa en un bello monumento, obra de Juan de Ávalos, en la capital, Teruel.

A la salida, parte la carretera que lleva hasta la ermita de la Virgen del Tremedal una romería, en medio de un fascinante paisaje que reúne del 11 al 15 de septiembre a un buen número de aragoneses y castellanos .

Abandonando Orihuela, el viajero vuelve a adentrarse por el espeso bosque de pinos, escenario de las victorias del general Villacampa contra la fran-

cesada. Es la zona popularmente conocida como la «Selva negra» española, entre Teruel y Guadalajara.

La salida hacia Molina es una gran puerta natural formada por los dos grandes monolitos que son el «emblema» del pueblo. El río Bullones sustituye al Cabrillas a nuestro paso hacia los sabinars de Pinilla de Molina.

Abengalbón, el señor de Molina, es un buen amigo del Cid, y el de Vivar no vacila en hacer que sus hijas se acojan a su protección.

«Por Molina podéis ir, que durmais allí es razón:
saludaréis a mi amigo, aquel moro Abengalbón,
que reciba a mis dos yernos como pudiere mejor,
dile que envío a mis hijas a tierras de Carrión».

(Vs. 2635-38)

Son los versos con los que el Poema se despide de las tierras de Aragón. Una sólida y hermosa prueba de que las guerras de la Alta Edad Media no eran sólo entre moros y cristianos, sino entre moros y cristianos amigos contra otros moros y otros cristianos también amigos o aliados. Pero en fin, sirva este viaje por la Historia, la Literatura y la más dura Geografía peninsular como merecido homenaje al «mejor caballero que en buena hora ciñó espada».